

SEIS DÉCIMAS MAYORES SOBRE EL ROSTRO DE UNA MUJER

FRENTE

**Las galaxias, luceros y planetas
y también la expansión del mundo entero,
ocurren en tu frente, invernadero
de soles sedentarios y cometas.
No sé, con tanto estruendo, si respetas
mi voz agonizante. Me acongojo,
y me siento a la orilla de un despojo
sin piedad, cuando siento de repente,
en la cerrada curva de tu frente,
el promiso guiñar de un tercer ojo.**

OJOS

**En tu mirar me miro. Contemplada,
advierdo que me ves y que te veo
espiándome este afán con que deseo
capturarte en la red de mi mirada.
Lo exterior se hace ausencia, se hace nada.
Nuestra forma de estar hipnotizados
sin cesar, con los límites borrados,
nos vuelve, en el peñasco del anhelo,
la doble encarnación de un solo vuelo,
los pronombres, amor, amancebados.**

NARIZ

**Estás entre los ojos y la boca
como una pincelada curvilínea
que levanta, impertérrita, la línea
del orgullo de un águila en su roca.
En tu par de orificios se coloca
un olfato que ejerce la excelencia
de conocer las flores por su esencia
y en que el pulmón, el fuelle de impacientes
respiraciones, filtra entre tus dientes
el ambiguo sabor de la existencia.**

BOCA

**Ni el beso, ni el suspiro, ni la risa
son la esencial criatura de la boca.
Son un lujo no más que los coloca
entre las variaciones que improvisa.
Lo esencial de tus labios, la premisa
para entender qué pasa cuerpo adentro,
son, mujer, las palabras, son el centro
de la lengua que, alada, va al oído
a pedirte que salga en estallido
un puñado de letras a mi encuentro.**

OREJA

**En este caracol ¿oye tu oreja
el salado vaivén y su apretada
sinopsis de la eterna marejada
que por igual acércase y se aleja?
o ¿estás sintonizando con la vieja
ilusión de escuchar algún indicio
del ancestral enigma, con el vicio
de escudriñar la entraña del arcano
para por fin tenerlo siempre a mano,
y no en la infinitud del precipicio?**

CABELLO

**El pelo no es tan rubio como el trigo
en la veta feraz de lo dorado.
Se diría más bien un desatado
río sobre los hombros o un testigo
del clamor de la piel por un abrigo.
Si en sus guedejas fórjase el decoro
para empañar los senos y si asoma
por accidente un pico de paloma,
no tarda en lloviznar su jaula de oro.**